

Dónde se Guardará Tanta Rabia

Alfredo Acle Tomasini©

Cuando más de 1,500 civiles iraquíes han perdido la vida; cuando más de 2,500 llevarán en su cuerpo un imborrable y doloroso recuerdo de la invasión de su país; cuando otras tantas familias perdieron a un hijo, un esposo o a un padre soldado, resulta obsceno dirigirse a ese pueblo, para decirles, como lo hicieron Blair y Bush, que la brutalidad que se cometió con ellos se hizo para liberarlos de un régimen brutal, que – presumiblemente - tenía armas como aquéllas que les cambiaron su vida por siempre.

Que sencillo es arrojarse en encuestas que favorecen la guerra, cuando ésta acontece en país lejano y desconocido para la gran mayoría de aquellos que responden, quienes además están sometidos a una manipulación informativa, a través de la cual las noticias se filtran y presentan asépticamente, al mismo tiempo que en las pantallas de sus televisores aparece el icono que indica que está activada la alarma de posibles atentados terroristas.

Qué insignificante se ve la muerte cuando se le mira desde lejos y son otros los que sufren sus consecuencias. Más, cuando la tecnología les ha permitido a las naciones beligerantes, abatir la posibilidad de bajas propias y les ha evitado el reclutamiento de jóvenes de las clases medias y altas, cuyas conexiones sociales los convertían en incómodos soldados, sobretodo cuando regresaban a su país dentro de una bolsa de plástico.

¿Dónde está en el pueblo americano la compasión solidaria que buscaba en las demás naciones, cuando sufrió el atentado del 11 de Septiembre, en el que por cierto no había ningún iraquí? Esa tragedia humana no es menor a la que hoy sufren miles de inocentes, cuya única culpa es haber estado en un país gobernado por alguien que dejó de ser útil a los mismos intereses que antaño lo consintieron.

Pareciera que la nación americana celebra como una victoria deportiva la deposición del Dictador Iraquí. No importa haberla logrado sobre un ejército infinitamente inferior. Aun así sirve para fortalecer el ego. Pero lo grave, es que eso que ocurre – como pasa con esos guerreros imbatibles de las películas de acción que matan a todos los malos- sin que exista el menor asomo de culpa por los inocentes que murieron, o que fueron heridos, o por aquéllos que perdieron lo poco que tenían.

Peor aún, oficialmente el ejército de Estados Unidos – él mismo que bombardeó todos los edificios oficiales menos el Ministerio de Petróleo, él mismo que prefirió salvaguardar del saqueo a éstas instalaciones, y no los hospitales o los museos donde se conservaban objetos centenarios que atestiguaban una parte de la historia de la humanidad- ha anunciado que no tiene previsto contar ni las bajas iraquíes, ni los daños causados. En fin, a quién le interesa una lista de gente irrelevante, más aún si tenían a un sátrapa como Presidente. Quizá se lo merecían, dirían quienes ven en los árabes a una raza incapaz de sacudirse a sus déspotas, y por ende, ansiosa de besarles los pies a sus eventuales libertadores.

Lo que para los triunfadores son apenas incidentes, para los agraviados son hechos imborrables. Memoria y odio corren en dirección opuesta: para los primeros los recuerdos

se desvanecen hasta hacerse nada, en tanto que los segundos, atesoran con paciencia su dolor en espera de la venganza. Por eso la violencia no resuelve nada, por eso hoy – después de Saddam – el mundo es más inseguro. Más aún cuando hemos visto a la fuerza bruta imponerse a la razón. ¿No es esto lo que hace abominable al terrorismo?

Pensemos en el pueblo de Iraq; pensemos en esas mujeres y hombres tan comunes y corrientes como los de cualquier otro país, que viven hoy una experiencia sombría e incierta, donde un interés externo decidió transformar de un día para otro, su forma de vida, mediante la destrucción de su gobierno y la ocupación de su Patria.

De sus vidas han desaparecido las referencias cotidianas que las enmarcaban. Están aturdidos ante el vértigo del cambio y de la fuerza brutal que lo produjo. Se les ha tratado como seres maleables y dúctiles, que sin memoria y sin dignidad deberán aceptar lo que otros decidan para ellos.

Ésta ha sido la historia del Medio Oriente, donde las grandes potencias han dibujado las fronteras y han encumbrado gobernantes de acuerdo a su conveniencia. Su moral es tan laxa como obvios sus intereses. Con cinismo se subastan contratos para la reconstrucción, pero, quién reconstruirá la vida de los muertos. Dónde se guardará tanta rabia.